

¿Qué es y cómo nos deshacemos del lenguaje SEXISTA?

escuela de
ALQUIMIA FEMINISTA

Autora: Alda Facio

Coautoras: Shirley Alarcón, Andrea Alvarado, Maricela Arce, Roxana Arrollo, Natalia Atz, Reyna Cáliz, Paquita Cruz, Malena De Montis, Cecilia De Trinidad, Norma Enríquez, Haydee Espino, Marta Figueroa, Daysi Flores, Magda García, Arceli G.S., Mercedes Hernández, Ilhuikatziñ, Nessa Inglorium, Lucía Lagunes Huerta, Karla Lara, Marusia López Cruz, Karla Elizabeth Martínez Lozano, Haydee Méndez Illueca, Liduvina Méndez, Ana Silvia Monzón, Patricia Orozco, Violeta Pérez Gálvez, Damaris Ruiz, Arcelly Somarriba, Aída Toledo, Zayda Treminio, Anarella Vélez, Dilcia Zavala

¿Qué es y cómo nos deshacemos del lenguaje SEXISTA?

escuela de
ALQUIMIA FEMINISTA



Autora: Alda Facio

Coautoras: Shirley Alarcón, Andrea Alvarado, Maricela Arce, Roxana Arrollo, Natalia Atz, Reyna Cálix, Paquita Cruz, Malena De Montis, Cecilia De Trinidad, Norma Enríquez, Haydee Espino, Marta Figueroa, Daysi Flores, Magda García, Arceli G.S., Mercedes Hernández, Ilhuikatzin, Nessa Inglorium, Lucía Lagunes Huerta, Karla Lara, Marusia López Cruz, Karla Elizabeth Martínez Lozano, Haydee Méndez Illueca, Liduvina Méndez, Ana Silvia Monzón, Patricia Orozco, Violeta Pérez Gálvez, Damaris Ruiz, Arcelly Somarriba, Aída Toledo, Zayda Treminio, Anarella Vélez, Dilcia Zavala

Presentación

La **Escuela de Alquimia Feminista** surge de un tejido de relaciones solidarias, políticas y de trabajo entre mujeres activistas, educadoras y académicas de distintas regiones del mundo con amplias experiencias en educación popular, formación feminista, incidencia política, movimientos sociales y luchas por la eliminación de las desigualdades. Nace desde la experiencia acumulada y de la intención de **JASS** de impulsar procesos de educación popular feminista en respuesta a la necesidad de promover y desarrollar procesos colectivos de aprendizaje y generación de conocimientos, para fortalecer las capacidades y el accionar político de las mujeres y sus movimientos.

Sus antecedentes en Mesoamérica se remontan a múltiples experiencias de formación, investigación participativa, campañas de solidaridad, de derechos humanos y por la paz. Su visión y práctica se remontan a encuentros regionales realizados en Montelimar (Nicaragua, 1998) y en Santa Fe (Estados Unidos, 1999), comunicaciones varias y el Encuentro Mesoamericano "Imaginando Y Construyendo Los Movimientos Feministas Hacia El Futuro", organizado y facilitado por **JASS** en Panamá en el 2006. Otros procesos similares se han desarrollado en África y Asia.

Alquimia es uno de los tres ejes estratégicos de **JASS Mesoamérica** (Alquimia, Solidaridad y acción urgente, y Comunicación) con los cuales se articula y retroalimenta. Se articula también con otros procesos y regiones (Asia y África) en donde JASS trabaja, contribuyendo a la plataforma global de formación y generación de conocimientos.

Alquimia impulsa, como parte de sus estrategias, el desarrollo de Diálogos Virtuales Feministas. Estos diálogos, facilitados por Alda Facio, permiten el intercambio de ideas, argumentos, reflexiones teóricas y de la vida cotidiana de las participantes sobre un tema en particular, así como la construcción colectiva y la ampliación del conocimiento en ese tema. Los diálogos están abiertos a la participación y son un proceso continuo. Con ellos esperamos combinar la teoría, la experiencia, el intercambio, la praxis y facilitar puentes para el diálogo entre nosotras; además de recuperar, reconocer y celebrar las luchas, movimientos y liderazgos transformadores/transgresores que han vivido, viven y construyen las mujeres.

En el diálogo "¿Qué es y cómo nos deshacemos del lenguaje sexista?", cuya síntesis, elaborada por Alda facio, presentamos a continuación, participaron 127 compañeras, de las cuales 33 participaron activamente y, por ello, se incluyen como coautoras.

Introducción

Desde hace algún tiempo, las feministas hispanohablantes hemos venido denunciando el sexismo en nuestra lengua. A pesar de que la mayoría de las que participamos en este diálogo no somos lingüistas, nos hemos visto obligadas a inventar y defender ciertas palabras, conceptos y formas gramaticales; a resignificar frases, términos y palabras que nos ofenden; y a criticar y dejar en desuso otras, debido a que las palabras y formas gramaticales aceptadas nos invisibilizan: o bien porque no existen palabras para describir nuestras experiencias, o bien porque las que existen no nos representan o nos menosprecian.

Fue por ello que en la Escuela de Alquimia Feminista de JASS decidimos acoger la propuesta de Ana Silvia Monzón, de Guatemala, de dedicar nuestro segundo diálogo virtual del 2012 a este tema. Estábamos convencidas de que juntas podríamos concientizarnos mejor del daño que nos causa esta institución del Patriarcado que llamamos "lenguaje sexista". También pensamos que juntas podríamos diseñar algunas coreografías efectivas para liberarnos del mismo. **Y así sucedió...**

En sus manos tienen el compendio de ese diálogo, que resultó lleno de sugerencias, estrategias y pensamientos basados en las experiencias e ideas de las participantes sobre cómo crear un lenguaje no sexista. En este documento traté de sistematizar algunos de los aprendizajes que extraje del diálogo. Sin embargo, por la naturaleza de este resumen, no incluí muchos de los aportes más creativos, como la letra de la canción de Karla Lara sobre el lenguaje sexista, o por ser artículos publicados, como los que muchas nos compartieron, o porque aunque fueron excelentes ideas y argumentos no tuvieron eco.

Aunque no lo incluí como un aprendizaje, sí quiero destacar que muchas de las participantes insistieron en que el lenguaje no se reduce al lenguaje oral o escrito, y que todos los otros lenguajes (gestuales, plásticos, gráficos, musicales, etc.) generalmente también son sexistas. Como bien lo expresó Daysi, <<creo que el lenguaje sexista no solamente está en lo que decimos y como lo decimos, o en lo que no se nombra o invisibilizamos, sino que también está en lo que escuchamos o dejamos de escuchar y en lo que vemos o no vemos. No es solo lo que no se nombra lo que contribuye al lenguaje sexista, sino lo que se ignora o pasa inadvertido a todos o a algunos de nuestros sentidos. En general, eso que no vemos, oímos o palpamos es lo femenino o lo relacionado con lo femenino, no importa si lo hacemos de manera consciente o no>>.



Debo confesar que insistí mucho en limitar el diálogo al sexismo en la lengua castellana, y no al sexismo en las muchas otras formas de comunicación y lenguajes, para que pudiéramos concretar estrategias que nos ayudaran a construir una lengua oral y escrita no sexista. Pensé que las estrategias que tendríamos que utilizar para deconstruir otros lenguajes serían muy distintas. Y debido a que la mayoría de nosotras no es lingüista, era importante que nos aclaráramos sobre el sexismo lingüístico en particular para tener argumentos sólidos con que rebatir a los detractores del uso no sexista de la lengua, muchos y muchas de las cuales sí son lingüistas y usan argumentos de poder para silenciarnos.

Fue así como después de mucha discusión y ricos debates, al final nos centramos en la lengua castellana o española, como prefirieron llamarla algunas. Eso sí, todas estuvimos de acuerdo en que el lenguaje, entendido como medio de comunicación entre seres humanos a través de signos orales y escritos que poseen un significado acordado de generación en generación, es sexista. He aquí, pues, los aprendizajes sobre el sexismo en la lengua castellana y sobre cómo deshacernos de él.

¿Qué es
y cómo nos
deshacemos
del lenguaje
SEXISTA?

1.º Aprendizaje:

¿qué es el lenguaje sexista?

*"-Señora maestra: ¿cómo se forma el femenino?
-Partiendo del masculino: la "o" final se sustituye por la "a"
-Señora maestra: ¿y el masculino, cómo se forma?
-El masculino no se forma, existe"*

Anna María Piussi

El lenguaje sexista es el trato asimétrico de mujeres y hombres y de todo lo asociado con lo femenino y lo masculino de las sociedades patriarcales llevado al nivel lingüístico; que al excluir, marginar o invisibilizar a las mujeres y lo femenino y sus aportes a la sociedad naturaliza, refuerza y perpetúa el trato discriminatorio y misógino hacia las mujeres. Resumiendo lo que varias participantes comentaron, podemos decir que el lenguaje sexista es posiblemente la institución patriarcal que más evidencia la existencia simbólica del Patriarcado. Sin ningún tapujo, esta institución parte de entender lo masculino como universal y lo femenino como "lo otro", es decir: es **androcéntrica**.

El androcentrismo es el enfoque que utilizamos al hablar de, o estudiar, cualquier tema desde una única perspectiva: la del sexo masculino. Supone considerar a los hombres como el centro y la medida de todas las cosas. En una sociedad androcéntrica se toma lo masculino como modelo o paradigma de todas las cosas. De esta forma, los varones son considerados el sujeto de referencia y las mujeres como seres que solo se pueden definir a partir de los hombres y, por ende, como seres dependientes y subordinados a ellos. Un ejemplo de pensamiento androcéntrico fue el referirse a "los derechos del hombre" cuando se pretendía hablar de los derechos de todos los seres humanos, hombres y mujeres. Además, cuando se usa el vocablo "hombre" para referirse a la humanidad toda, no sabemos si a través de la palabra se está pretendiendo o no englobar a las mujeres. Si es así, quedamos invisibilizadas; y si no es así, quedamos excluidas.

Un ejemplo de lo anterior lo podemos encontrar en casi todos los libros de texto que describen las conquistas de cualquier pueblo sobre otro. Así, podemos leer en muchos libros de texto sobre la conquista de América algún pasaje redactado en los

siguientes términos: <<Todo el pueblo bajó hacia el río a recibir a los recién llegados, quedándose en la aldea solo las mujeres y los niños>>. Como podemos comprobar, "todo el pueblo" en realidad se está refiriendo solo a los hombres; pero también podría ser que se estuviera refiriendo a los hombres y a las niñas, ya que solo respecto a "los niños" ya se nos ha especificado que se quedaron en la aldea. Pero lo que con toda certeza sí desconocemos es si entre los que llegaron había o no mujeres. Así es como se van borrando las aportaciones de las mujeres al quehacer humano.

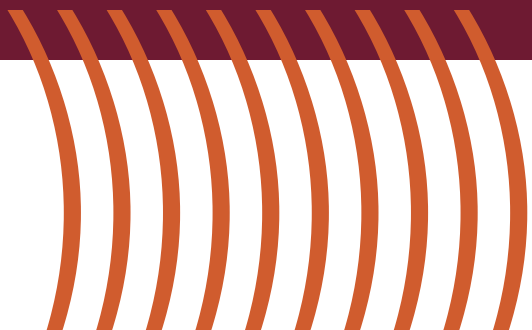
Es decir, dado que las generalizaciones gramaticales se hacen siempre en masculino, marginando lo femenino e invisibilizando el papel de las mujeres en la sociedad, no conocemos los aportes de las mujeres a nuestra evolución como seres humanos. Y como el androcentrismo lingüístico, a pesar de ser tan evidente está al mismo tiempo tan naturalizado, ni las mismas mujeres, hasta que no tomamos conciencia feminista, nos sentimos discriminadas con nuestra invisibilización o exclusión.

Es más, en la lengua castellana, por un lado está el ocultamiento de lo femenino tras el masculino universal; y por el otro, está el odio o desprecio hacia lo femenino y las mujeres, o misoginia, que se expresa en los adjetivos, los adverbios, los refranes y frases hechas —"hombre de pelo en pecho"—, o en los duales aparentes —"zorro/zorra", "hombre público/mujer pública"—, y también en los vacíos léxicos, como por ejemplo: "víbora" o "arpía", que no tienen correspondiente masculino; o "caballerosidad" o "mujeriego", que no lo tienen en femenino.

Varias expresaron que si el lenguaje es una de las principales formas de comunicación entre los seres humanos, no es de extrañar que las mujeres y lo femenino estemos invisibilizadas o marginadas del quehacer humano, ya que el mismo lenguaje que utilizamos para comunicar ese quehacer, en nuestro caso el castellano, se encarga de ocultarnos tras el género masculino, o por lo menos de minimizarnos, relativizarnos o ridiculizarnos frente al sexo "fuerte".

Como dijo la mexicana Elena Urrutia en un artículo publicado en FEM hace más de 30 años: <<...acudiendo al Diccionario de la Real Academia Española... deducimos que la mujer es un ser débil, delicado, con afición al regalo y no apta para el trabajo. El hombre es todo lo contrario. Así tenemos que:

SEXO DEBIL: las mujeres. FEMENINO, NA: Débil, endeble. AFEMINACIÓN: Molicie, flojedad de ánimo. AFEMINAR: Hacer perder a uno la energía varonil. MOLICIE: afición al regalo, afeminación. BLANDO: Afeminado y que no es fuerte para el trabajo. SEXO FUERTE: Los hombres. VARONIL: relativo al varón; esforzado, valeroso y firme. HOMBRADA: Acción propia de un hombre generoso y esforzado. FUERTE: Animoso, varonil>>.




El diccionario también nos dice que “ser mujer” es “haber llegado una doncella a estado de menstruar”, mientras que el “ser hombre” significa “valiente y esforzado”; y que no es lo mismo ser una mujer pública que un hombre público, ya que la primera es una ramera y el segundo es “el hombre que interviene públicamente en los negocios políticos”.

Y por si eso fuera poco, la Real Academia Española, con un claro sesgo misógino, ha manifestado su oposición a varias guías elaboradas a fin de avanzar en el uso de un lenguaje no sexista. Parece obvio que los “señores académicos” están muy conscientes de la repercusión del lenguaje en la sociedad y comprenden muy bien que cambiar nuestra manera de hablar y de conceptualizar el mundo tendrá consecuencias prácticas y materiales en nuestras vidas que supondrán la pérdida de privilegios patriarcales. Es justamente por ese motivo que la RAE intenta someter al silencio o trata de calificar de ridículo el lenguaje no sexista, recurriendo a cuantas razones gramaticales pueda para esconder su verdadera intención misógina.

Por eso es que emplear un lenguaje no sexista es central para los movimientos feministas, y lo debería ser para cualquier movimiento o sociedad que promueva la igualdad entre todas las personas. No se trata de cambiar el lenguaje por una cuestión de moda, como creen muchos y muchas. Tampoco se trata de imponer cambios sin ninguna razón o lógica. Se trata de transformar el lenguaje para hacer una representación más igualitaria y apegada a la realidad que nos lleve a una forma más igualitaria en relación a cómo y qué pensamos y, por ende, en cómo actuamos y cómo nos relacionamos con la otra gente.

Pero este cambio las feministas no queremos ni podemos hacerlo a la fuerza. Muchas de las dialogantes se refirieron a la necesidad de promover la reflexión sobre los cambios en la lengua para que las y los hablantes pensemos en lo que decimos y en cómo lo decimos, de modo que se generen transformaciones en las perspectivas que, a su vez, tengan consecuencias concretas en la realidad. Todas estuvimos de acuerdo en que si aceptamos que el lenguaje refleja la realidad, al tiempo que le da sentido, la reforma lingüística constituye un complemento necesario a la reforma social que buscamos quienes creemos en la igualdad: reflejar en la lengua los cambios que se van produciendo en las sociedades, al tiempo que las sociedades van cambiando gracias a los nuevos sentidos que le damos a la realidad. Es decir, el lenguaje también contribuye a construir nuestra visión de la realidad porque pensamos con palabras. Por ello, emplear un lenguaje no sexista es una manera importante de caminar hacia una sociedad igualitaria.





2.º Aprendizaje: el sexismo lingüístico es un tema político

Ver, entender y sentir la discriminación en el lenguaje implica una toma de consciencia que, como se ha hablado en otros diálogos, supone siempre un acto político. Tomar consciencia de que el lenguaje se ha ido construyendo socialmente desde un punto de vista androcéntrico, porque ese es el punto de vista de los grupos de poder, es un acto político. Poder ver que estos grupos dominantes convierten sus valores culturales e ideológicos en los únicos, o al menos, en los únicos que importan, es un acto muy político; porque esos valores dominantes, precisamente por serlo, se presentan como neutrales, objetivos, “normales” y “naturales”, y se van adquiriendo de forma acrítica e inconsciente hasta el punto de que los grupos no dominantes los aceptan como correctos, convencidos de que las cosas son así porque siempre han sido así y así deberán seguir siendo. Con el lenguaje pasa lo mismo, los grupos de poder lograron hacernos creer que el lenguaje sexista es natural, normal y correcto; logrando de esta manera que no solo los hombres, sino también las mujeres, lo perpetuemos de forma acrítica e inconsciente.

Es por ello que Ana Silvia nos compartió que el sexismo lingüístico es un tema político, no solo gramatical. El lenguaje articulado que las mujeres —en los albores de la especie humana— descubrieron fue expropiado por los hombres en un ejercicio de violencia. Una violencia que persiste al pretender que no nos nombremos en femenino, o al ocultar a nuestras ancestras y sus aportes tras lenguajes pretendidamente neutrales.

Ana Silvia nos recuerda que “detrás de un idioma hay un ejército” y que en nuestros países, por ejemplo, el español o castellano fue impuesto a sangre y fuego, con la cruz y la espada de quienes nos invadieron hace más de 5 siglos. Y luego empezó un proceso —que aún no culmina— de descalificación y subordinación de los idiomas indígenas (solo en Guatemala existen 23 idiomas indígenas del tronco maya, más el xinka y el garífuna).

Las mujeres indígenas han tenido un papel fundamental en la

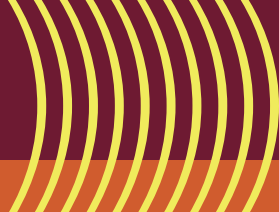
conservación de esos idiomas, en parte porque debido a los roles de género ellas permanecían más en la casa y en las comunidades, mientras los hombres salían y se veían obligados a aprender español para comerciar y moverse en el mundo público mestizo y criollo. Luego, con el desplazamiento y el refugio en los años 80 a causa de la guerra, muchas tuvieron que aprender español para comunicarse entre sí. Esto da para mucho análisis y reflexión.

También hay que recordar que el lenguaje no es estático, pues es una construcción histórica que debe transformarse y responder a la sociedad que lo construye. El lenguaje no se reduce a la gramática: es la expresión política que nombra y legitima. Construir un lenguaje no sexista va más allá de “las/los” o de feminizar las profesiones y cargos: es dignificar lo femenino, romper con el genérico masculino y los estereotipos, es darle valor a la importancia de reconocernos como sujetas. Y esto es político.


Para Ilhuikatzin, la problemática va mucho más allá del idioma, pues es necesario recordar que interpretamos el mundo a través de él. No es lo mismo pensar en cackchiquel, que en inglés, español o mam. Es por ello que algunas expresiones son intraducibles. También es por ello que luchamos por transformar un idioma que nos invisibiliza, porque solo así podemos repensar el mundo y transformar la realidad. Además, es una oportunidad para ser creativas e inventar nuevas palabras que pongan nombre a lo que hoy parece inexistente.

Con base en su experiencia de trabajo a nivel universitario, Ilhuikatzin manifestó que ha tenido que defender ante colegas (curiosamente, en su mayoría mujeres) este proceso de referirse, por ejemplo, a “las y los” estudiantes, a “colaboradores y colaboradoras”. Ha recibido comentarios de que esto es una forma incorrecta de usar el idioma, y la ha defendido diciendo que si no somos capaces de modificar los hábitos en el lenguaje, jamás seremos capaces de transformar la sociedad. Por otra parte, ha escuchado en medios de comunicación a algunas locutoras referirse burlescamente a dichas iniciativas idiomáticas.

Ha podido observar tanto a hombres como a mujeres que comprenden la importancia de estas transformaciones como una base que sienta raíces para una sociedad más incluyente. También ha visto a candidatos/as que optan a puestos públicos utilizar este nuevo lenguaje desde lo “políticamente correcto”. Sin embargo considera que, sea por las razones que sean, esfuerzos como este “mueven el piso” y generan reacciones, y el movimiento es el inicio fundamental de todo cambio.



Con respecto al diccionario de la Real Academia Española, es obvio que si tomamos el lenguaje como institución patriarcal, este tiende a cambiar mucho más lentamente que la sociedad misma, pues las instituciones están construidas con el fin de perpetuar el sistema y evitar los cambios. Ante ello, se ha topado con definiciones provenientes de corrientes de pensamiento de principios del siglo pasado. Por ejemplo, la RAE aún define, en una de sus acepciones, el concepto de comunicación como “una transmisión de un mensaje de un emisor a un receptor”. Este concepto proviene de los inicios del estudio de la disciplina, cuando se pretendía encasillar las interacciones humanas dentro de principios matemáticos. Nada más imposible e impensable, ya que las y los seres humanos no somos robots: somos seres que al comunicarnos estamos en un constante intercambio de símbolos. El intercambio pone en común los significados, y esto sí es comunicarse. Si la RAE ni siquiera entiende que es la comunicación, ¿qué podemos esperar de ese diccionario en relación a los significados de conceptos como mujer, hombre, feminidad, virilidad, etc.?



Para Aída, la evidencia de que la discusión sobre el lenguaje y su carácter masculino es política está en las reacciones que desde los espacios de poder nos quieren hacer “comprender” que inventando palabras intervenimos, matamos, ensuciamos, cambiamos o transformamos el lenguaje que hablamos, haciéndole daño. Inventar nuevas palabras, acuñar estas palabras, incluirlas en nuestros discursos desde diversos espacios de la cultura, hace que estos vocablos penetren, se usen, se discutan y, por ende, sean el blanco de los y las puristas del lenguaje, que tienen una agenda muy masculina, sean hombres o mujeres.

Para Patricia O., nombrarnos debería ser una parte activa y central de las otras estrategias que tenemos para transgredir el Patriarcado. Debemos reflexionar sobre cómo nos están nombrando todas las instituciones sociales. Mirar y darnos identidad, hacernos existir aunque no seamos nombradas sino “sobre-entendidas”. Debemos legitimarnos y reafirmarnos a través de ese poderoso instrumento, el lenguaje, y apostar a un proceso personal de reconocernos en él; convenciéndonos de que en la medida en que no nos nombremos, otras y otros tampoco lo harán; y lo que no se nombra, no existe.

Nombrarnos debe ser también parte de la opción política de las feministas. Es decir, visibilizarnos es un acto político porque ahora más que nunca hay mucha palabrería que pretende hacernos creer que nos toman en cuenta: manipulación y cooptación, y a ambas hay que enfrentarlas con el mismo instrumento, el lenguaje, como reflejo de nuestras prácticas y propuestas para una sociedad realmente incluyente.

Nombrarnos debe ser una propuesta de cada una y, al mismo tiempo, una propuesta colectiva, la feminista; por eso cada vez más debemos incluirnos nosotras, todas, que ya somos muchas.

Para Cecilia de Trinidad, el beneficio personal de la feminización del lenguaje es obvio porque “solo a la que no hace nada, no le pasa nada”. Por ello propone insistir siempre en hablar de nosotras y otros. Visibilizar la presencia de las mujeres en el lenguaje debería ser parte de nuestras estrategias y de nuestra opción política.

Marusia nos comenta que, de toda la riqueza de comentarios vertidos, quiere resaltar la aportación de Ana Silvia en el sentido de que el “sexismo en el lenguaje” es un tema político, de ahí las resistencias sistemáticas y hasta violentas ante nuevas formas de nombrar el mundo. Es un tema de poder patriarcal que otorga privilegios, que reconoce a los sujetos (no a las sujetas) autorizados para decidir y existir en tanto que ciudadanos.

Siguiendo en esta línea y retomando el aporte de Pati O. de que “lo que no se nombra no existe”, sabemos por nuestra ancestra

Simone de Beauvoir que las mujeres hemos sido construidas como la otredad absoluta; y de esa forma nos han excluido de todo, incluida la posibilidad misma de existir. Así, en la violencia del lenguaje y la violencia física, sexual o de otro tipo hay un mismo sustrato: el poder que a los hombres y sus instituciones se les ha dado de anularnos simbólicamente y físicamente.

3.º Aprendizaje:

las palabras importan

"Porque la palabra es poderosa y con ella se puede cambiar la vida de hombres y mujeres".

Yadira Calvo

En el apartado anterior demostramos el poder de la palabra que, como dijimos, es el poder de escoger los valores que guiarán a una determinada sociedad y, más aún, es el poder de crear una determinada realidad. En este sentido, muchas de las diálogos se refirieron al enorme poder que tiene la Real Academia Española de la Lengua para definir el significado de las palabras que usamos todos los días y para ejercer el poder de nombrar. Insistieron en que este poder es doble: incluye la capacidad de iluminar o hacer más visibles aspectos de la realidad, pero también de invisibilizar o desconectar otros. Es por ello que no nos puede sorprender que falten tantas palabras en el idioma castellano para nombrar experiencias femeninas en positivo, mientras que sobran las que la marginan, desprecian o descalifican.

He aquí algunos ejemplos:

HOMBRE PÚBLICO:
conocido, que desarrolla política importante.

MUJER PÚBLICA:
prostituta, puta.

AMBICIOSO:
buen partido, con metas.

AMBICIOSA:
interesada, arpía, chupa sangre.

ZORRO:
hábil, inteligente, audaz.

ZORRA:
puta

VARONIL:
enérgico, esforzado, valeroso, firme.

MUJERIL:
afeminado

AFEMINAR:
hacer a uno perder la energía varonil.

FEMENINA:
débil, endeble.

MUJER ALEGRE:
puta

MUJER DE MALA VIDA:
puta

HOMBRE DE BIEN:
el honrado que cumple puntualmente sus obligaciones.

MUJER DE MAL VIVIR:
puta

RAMERA:
puta

PRÓJIMO:
cualquier hombre respecto de otro como miembro de la comunidad humana.

PRÓJIMA:
mujer de poca valía social o de conducta deshonesta.

HOMBRE DESHONESTO:
ladrón

MUJER DESHONESTA:
puta

PUTO:
sodomita, pasivo.

PUTA:
prostituta, ramera.

PROSTITUCIÓN:
comercio que hace una mujer de su cuerpo, entregándose a los hombres por dinero.

PROSTITUIR:
deshonrar, envilecer.

¡QUÉ PADRE!:
muy agradable, divertido, buenísimo, etc.

MADRAZO:
golpe fuerte

MADREAR:
herir, dar una paliza.

MADRECITA/MADRECILLA:
cualquier cosa insignificante.

Estos pocos ejemplos bastan para ver que el poder de nombrar —es decir, de crear y definir las palabras; de crear y definir las reglas gramaticales de un lenguaje determinado; de proporcionar a las cosas identidad, evocándolas y estableciéndolas como puntos de referencia o relacionándolas unas con otras— es el poder de conformar una cultura determinada; de establecer lo que existe y lo que no existe, lo que se considera natural y lo que no lo es, lo bueno y lo malo. Como ya dijimos, el poder de la palabra es el poder de escoger los valores que guiarán a una determinada sociedad pero, más aún, es el poder de crear la realidad; por ello muchas lingüistas afirman que el lenguaje da forma a la realidad y no está supeditado a ella. Contrariamente a lo que algunos creen, el lenguaje no depende de la realidad, sino que la funda.

Y ese poder de fundar la realidad nos ha sido vedado a las mujeres. No olvidemos que, a través de la historia patriarcal, a las mujeres se nos ha impedido ejercer el poder de la palabra de múltiples formas, entre las que se encuentran la prohibición de aprender a leer y escribir. Aún en la actualidad, a las mujeres se nos dificulta participar en las “Reales”, o no, academias de la lengua; que hasta hace muy poco tiempo estuvieron integradas exclusivamente por varones. Es más, los diccionarios creados por esas academias son un buen lugar para comprobar la centralidad de lo masculino y la marginalidad de lo femenino. Por ejemplo, en los diccionarios de la lengua española los adjetivos aparecen siempre en su forma masculina, agregándoseles una “(a)” para indicar las formas femeninas. Los nombres de los animales son otro ejemplo interesante: “CABALLO m. Animal solípedo doméstico”, “YEGUA f. Hembra del caballo”. Con solo estos dos ejemplos podemos comprobar que lo masculino es la norma y lo femenino es “lo otro”, o lo que existe solo para, o en función de, lo masculino.

Sin embargo, cada vez que las feministas denunciemos el carácter androcéntrico de los diccionarios o de la gramática, los “puristas” o “guardianes” de la lengua nos explican que los diccionarios simplemente recogen la forma de hablar de la sociedad y que, por lo tanto, no se pueden eliminar palabras o usos por mucho que a las feministas no nos gusten, porque así habla la gente.

Pero esta explicación patriarcal no está apegada a la realidad. En primer lugar, no es la forma de hablar la que decide, por ejemplo, que los diccionarios definan a los animales solo en masculino. También es fácil comprobar que hay expresiones en la lengua que sí se dicen pero que no aparecen recogidas en ningún diccionario porque estos no están actualizados con la sociedad. Y tal vez más importante aún, la función de los diccionarios no es únicamente la de recoger los usos lingüísticos, sino que tienen un enorme poder normativo para determinar qué usos se permiten y cuáles se sancionan, no en vano son las herramientas a las que acudimos cada vez que tenemos dudas concernientes al uso de la lengua. Si los diccionarios son espacios donde simplemente se recogen los usos lingüísticos: ¿por qué están sus puertas tan cerradas a las mujeres?, ¿por qué tienen tanto prestigio social los miembros de la Real Academia Española?



Como hemos visto en párrafos anteriores, las feministas estamos comprometidas con la erradicación del lenguaje sexista de muchas maneras. Una de ellas es utilizando nuestro poder para nombrar las cosas y los hechos desde nuestra realidad como mujeres. Debido a este intento, se nos acusa de inventar y prescribir palabras que afean el lenguaje.

Según algunas de las dialogantes, las feministas no estamos ni inventando palabras ni afeando el lenguaje. El lenguaje no sexista no está compuesto de palabras inventadas, sino de vocablos y conceptos que otorgan expresión lingüística a aquellas experiencias o puntos de vista de las mujeres que carecían de materialización en el lenguaje por ser este, durante siglos, una construcción androcéntrica. Muestra del androcentrismo en el lenguaje es la denominación del acto sexual como “penetración”, que obviamente contempla el acto sexual exclusivamente desde la perspectiva masculina. Esta perspectiva limita el papel de la mujer a la pasividad, pues es ella quien es “penetrada”. Si habláramos desde el punto de vista femenino, el acto sexual se describiría como “envolvimiento vaginal”.

Para Aída Toledo:

Sin embargo, la mayoría de las feministas no estamos proponiendo que todas las palabras tengan que hablarse en “a” y “o” porque no consideramos que decir, por ejemplo, “el boletín” o “el sapo” sea sexista, y por ese motivo generalmente no reivindicamos decir ‘sapa’ para referirnos al sapo hembra, ni ‘hormigo’ para referirnos a la hormiga macho. Como dice Olga Castro Vásquez en su artículo “Rebatiendo lo que otros dicen del lenguaje no sexista”¹, que compartimos en el debate:

<<entendemos que los nombres de animales sí son epícticos —el ratón, el pez, el ciervo, la jirafa, la rata, el pájaro, la hormiga, el mosquito, la rana— y no resultan discriminatorios porque los animales no piensan con nuestras palabras, es decir, nuestro lenguaje no es un organizador cognitivo de sus acciones y de este modo no está relacionado con su discriminación social por razón de sexo. Simplemente existe masculino y femenino para aquellas especies que nos resultan muy próximas a las personas y cuyo sexo sí nos es relevante: no es lo mismo tener una vaca que un buey o un toro, ni es lo mismo tener un perro que una perra. Queda claro, pues, que estos argumentos rozan lo absurdo, a pesar del empeño de algunos por seguir colando ridiculeces que buscan la complicidad social para burlar y distorsionar el verdadero sentido del lenguaje no sexista>>.

¹ Versión original en gallego publicada en O verbo patriarcal (monográfico número 24, en la revista Festa da Palabra Silenciada). Traducción al español en <http://www.ciudaddemujeres.com/articulos/Rebatiendo-lo-que-otrOs-dicen-del>

Eso sí, la gran mayoría de las dialogantes estuvimos de acuerdo en que resulta necesario resignificar en femenino aquellas profesiones que tradicionalmente solo tenían masculino (por ser realizadas únicamente por hombres, al estarles vedado a las mujeres el trabajo remunerado) y a las que las mujeres ahora nos incorporamos: médica, ingeniera, abogada, albañila, pilota, técnica, abogada, directora, bombera o música. Pero todas recordamos momentos en que se nos ha cuestionado la necesidad de estas palabras, o en los que, como enorme concesión, nos decían que sí se aceptaría el uso del artículo 'la' para marcarlas en femenino ('la músico', 'la abogado', etc.).

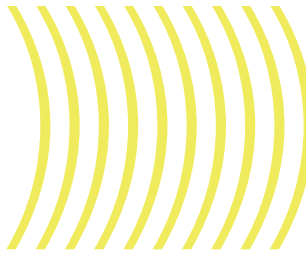
Sin embargo, volviendo al artículo mencionado:

<<De aplicar la ley de simetría y observar qué sucede en el caso inverso (cuando no hay formas masculinas para una profesión típicamente femenina que comience a ser desempeñada por hombres) descubrimos que rápidamente se introduce un nuevo término para englobar la presencia masculina ('el secretario', 'el enfermero', 'el mariscador', 'el amo de casa') en lugar de cambiar solo el artículo ('el enfermera', 'el mariscadora', 'el secretaria' o 'el ama de casa'). El poder del masculino es tal que, al poco tiempo de comenzarse a usar el término masculino, este ya se convierte en genérico; y así hoy es frecuente hablar en general de 'enfermeros' cuando el setenta por ciento de las y los profesionales son mujeres; o de 'cocineros', a pesar de que en términos porcentuales quien cocina fuera de los programas de televisión somos mujeres.

En otras ocasiones se cuestiona la palabra en femenino porque coincide con un sustantivo abstracto (frente a 'el músico' hombre, coexisten 'la música' mujer y 'la música' arte) y ello supuestamente resulta confuso; aunque no importa lo confuso que pueda resultar 'músico' para saber si se refiere a un hombre o a una mujer. Empero, cuando, a la inversa, son los hombres quienes se incorporan a un trabajo tradicionalmente realizado por mujeres y la profesión en masculino coincide con un sustantivo ya existente, ese solapamiento no genera ninguna confusión (frente a las 'cajeras' mujeres, 'los cajeros' hombres y 'los cajeros' expendedores de dinero conviven en perfecta armonía)>>.

Varias dialogantes hicieron comentarios sobre lo mal o lo feo que les sonaban las expresiones en femenino las primeras veces que las oyeron. Pero pronto se dieron cuenta de que el hecho de que a una le suene bien o mal una palabra no es un criterio para aceptar o no ciertas palabras, porque si aplicáramos este criterio de forma consistente sería casi imposible aceptar la entrada en la lengua de docenas de nuevas palabras cada día, procedentes de otros idiomas o jergas. Y es que, como muchas comentaron, el lenguaje también es una cuestión de hábito.

Es más, Ilhuikatzin, Ana Silvia y Aída sugirieron hacer un inventario



de palabras creadas por nosotras que podría convertirse en una publicación. Como JASS ya está construyendo un diccionario de la transgresión feminista, se decidió que las palabras que se compartieran en este diálogo se agregarían a él. Sin embargo, no fueron muchas las palabras compartidas. Ilhikatzin sí nos propuso una:

pelviloquio: capacidad de reconocer los huesos que sostienen mi vida y la vida que he dado. Capacidad de tocarlos y hablarles como seres con quienes puedo recuperar memorias y construir futuros.

Ana Silvia, por su parte, nos compartió lo siguiente: <<Las sabias ancestrales, las brujas medievales, las ilustradas demonónicas y las ilustradas contemporáneas... Gracias por sus herencias, por existir, por atreverse a crear —de la nada— una femealogía de mujeres que piensan y pensando... van transformando el mundo>>.

Cecilia de Trinidad comentó que las palabras androcentrismo, androcéntrico o androcéntricamente, que ya han sido reconocidas en muchas otras lenguas y hasta en algunos diccionarios de la lengua española, no son reconocidas por el diccionario electrónico: cuando digitó "androcéntricamente", el diccionario se la cambió por "andrajosamente".

Muchas se refirieron al hecho de que tampoco la palabra "misógino" es reconocida, y que incluso algunas la escriben como "misógeno", que en realidad no es una palabra. "Misoginia" viene del griego *μισογυνία*, 'odio a la mujer', y significa la aversión u odio a las mujeres o la tendencia ideológica o psicológica que consiste en despreciar a la mujer como sexo y con ello todo lo considerado como femenino. Aunque lo nieguen muchos lingüistas, la misoginia es una forma extrema de machismo. Pues bien, algunas dialogantes nos compartieron que generalmente el diccionario electrónico cambia la palabra "misógino" por "misántropo" o "misógamo" que no significan lo mismo: "misógamo", se refiere a la persona que odia el matrimonio, y "misántropo" a la persona que odia o desprecia a toda la humanidad o a todo lo relacionado con lo humano. Esto nos llevó a reflexionar sobre la inexistencia de palabras para describir estados de ánimo o emociones que no le convienen al Patriarcado. Por ejemplo, no hay una palabra que se refiera solamente al odio a los hombres y a lo masculino, que podría ser "misandria" o algo parecido. Pensamos que seguramente quienes hacen los diccionarios no pueden ni imaginar que podrían existir personas que odien solo a los hombres y no a las mujeres.

Algunas comentaron que esto de inventar palabras conlleva muchos peligros, como el que nadie nos entienda y, por ende, no logremos llevar nuestro mensaje a las otras mujeres y hombres que necesitan conocer las ideas feministas. No obstante, para Aída,

<<La idea de que al inventar palabras no nos vamos a entender o acabaremos en un caos, yo no la creo. El idioma evoluciona en boca de quienes lo usan. Así llegaron los títulos aplicados a lo femenino en la academia, usándolos. Cuando yo me gradué en el 89, el título era de licenciada, no de licenciado, y eso que estamos hablando de Guatemala, un país conservador y religioso en extremo. Es cierto que les debe haber chocado a los que creían que el idioma es estático y que hay que respetar mil fórmulas y reglas, creadas por almas masculinas, que miraban en esas formas, lo que era "correcto", porque venía de sus intelectuales bocas e ideas. Los tiempos que vivimos nos demuestran que el idioma que aprendimos a hablar a mediados del siglo XX ha evolucionado de tal forma que no hay vuelta atrás. La forma en que construyen su discurso las generaciones que tienen menos de 30 años nos demuestra que se han alejado de los procesos mentales del idioma de quienes lo construyen a los 50 en el mismo periodo de tiempo. La televisión impactó a varias generaciones, lo digital a los de hoy. No hay vuelta atrás, y el español se ha ido enriqueciendo, transformando, matizando por otros idiomas a causa de las redes sociales, el cable y el Internet.

Por eso creo que si hoy queremos incluir palabras que empiezan a tener sentido para algunas de nosotras, no veo por qué no. Si son fuertes, resistirán; si tienen sentido, si hay un grupo que las comprende y se identifica con los contenidos que define. Y si no resisten, acabarán en el baúl de las palabras que no tuvieron peso, y poco a poco se irán olvidando>>.

En la misma línea, Daysi argumentó que

<<Partiendo de la radicalización del discurso, las feministas acuñan la frase: "Lo que no se nombra, no existe". Que en un principio no parece ser ni tan radical ni tan subversiva, pero cuando miramos de cerca nos damos cuenta de que es un intento de recalcar la importancia del poder, la materia, el lenguaje, su significado y su interrelación en todos los ámbitos de la existencia. Aunado a esto, Spivak cuestiona la separación entre "leer literatura" y "leer el mundo" ("Reading the World", Spivak:1988) y yo le agregaría: escribirlo. Nombrar lo femenino va más allá de nombrar por una razón meramente narrativa, cruza profundamente la vida de miles de mujeres y niñas que son obligadas a repetir lo masculino como lo válido o a desusar el poder del lenguaje en todas sus expresiones. Es por eso que para pensar en cambios paradigmáticos reales en todos los niveles de formación, debemos nombrar más que la existencia, el poder, el peso y la

personificación de lo femenino; de lo contrario seguiremos careciendo del simbolismo radical del discurso y, tristemente, los contextos de desigualdad seguirán repitiéndose>>.

Otro aspecto que se discutió dentro de este apartado fue la combinación de sustantivos con adjetivos que no expresan lo que realmente queremos decir. Por ejemplo, para mí

<<muchas feministas usan los términos Capitalismo patriarcal cuando a mi entender realmente se están refiriendo al Patriarcado capitalista. Yo no conozco un capitalismo que no sea patriarcal, por lo que me parece redundante decir "Capitalismo patriarcal" mientras que patriarcados sí hay, o hubo, que no son capitalistas. Por lo tanto, es necesario explicitar que estamos hablando de un patriarcado en su fase capitalista y no en su fase feudal o colonial, por ejemplo, o también podemos hablar de patriarcados socialistas que conviven a la par o dentro de patriarcados capitalistas. Esto por una parte, y por la otra creo que dado que el Patriarcado es mucho pero mucho más antiguo que el Capitalismo y no ha sido desmantelado ni derrotado en ninguna parte del mundo, lo que estamos viviendo es un Patriarcado capitalista globalizado y no un Capitalismo patriarcal>>.

Para Paquita esto último es muy importante porque hablar de Capitalismo patriarcal nos podría llevar a creer, aunque sea inconscientemente, que se puede cambiar el Capitalismo sin tocar el Patriarcado, cuando el Capitalismo es otro traje más que se pone el Patriarcado a través de su historia. O sea: "capitalista", "neoliberal", "socialista", u otros, son adjetivos que describen el estado del Patriarcado en una situación histórica o geográfica. Esto nos demuestra qué tan importante es el lenguaje y el uso que le demos.

Patricia O. nos comentó que un debate que ha tenido con algunas congéneres es con relación al vocablo "sujeto", puesto que para hacernos visibles deberíamos mencionarnos como "sujetas" y no como "sujetos". Sin embargo, nos contó que muchas le han argumentado que el vocablo "sujeta" se vincula o explica como: sumisa, subyugada, dominada, dependiente, atada. Es decir, a su juicio, en femenino la palabra cambia de sentido. Por ello, acaba lanzando la pregunta: ¿deberíamos o no decir "la sujeto"?

Para Liduvina y otras <<el uso del lenguaje es fundamental en la transformación de la cultura. El lenguaje es pensamiento y este es buena parte de lo que somos y hacemos. La transformación del lenguaje es fundamental en el cambio de paradigmas, sistemas, microsistemas; sobre todo porque cambia el contenido, el sentido de lo que entendemos y hacemos. De ahí la importancia de desterrar del mismo el sexismo, el racismo y el autoritarismo.

Es indispensable una revisión completa que implique lo personal también.

Al hacer este ejercicio de manera consciente cambiamos nuestras culturas y, por ello, digo "sujeta"; porque si este vocablo se entiende como "subyugada" o "sumisa", etc., igual significado se le puede dar al vocablo en masculino. Es decir, "sujeto" también tiene la acepción de "estar sujeto a algo". Ambos términos, ya sean en masculino o femenino, se pueden usar de las dos formas. Creo que el problema, al igual que para el caso de "zorro" y "zorra", es la cultura patriarcal. Es ella la que pone el énfasis en una u otra cosa>>.

Otro término que discutimos fue el de "fraternidad" versus "sororidad" o "soridad".

El término "fraternidad" se refiere a la hermandad entre hombres, mientras que "sororidad" o "soridad" se refiere a la hermandad entre mujeres. Yo les compartí que a pesar de que es difícil creer que las mujeres (con toda nuestra gran diversidad étnica, etaria, de poder, etc.) podamos llegar a percibirnos como compartiendo una común realidad de discriminación debido a que todas, de diversas maneras, hemos experimentado la opresión de género en su interconexión con otras opresiones, es imprescindible que al menos las feministas hagamos el esfuerzo de aliarnos para cambiar nuestra realidad. A esta alianza la llamamos "sororidad". Pero si una no cree factible esta hermandad entre mujeres, esta "sororidad", entonces tenemos que seguir utilizando la palabra "fraternidad" y despedirnos "fraternalmente" cuando terminamos un escrito. Pero cuando una sí cree en la posibilidad de una alianza entre mujeres, a pesar de que nos reconozcamos como creadas o construidas en este mundo patriarcal como enemigas, entonces debería despedirse "sororalmente" de las otras.

Otro término que estuvimos discutiendo fue el de las "relaciones padres-hijos", para el cual no encontramos una formulación que no fuera androcéntrica o demasiado larga para ser utilizada fácilmente. Obviamente, si decimos "relaciones paterno-filiales" seguimos invisibilizando a las madres; pero la alternativa "relaciones madres-padres-hijos e hijas", no solo es muy larga sino que no significa lo mismo. Esto nos llevó a reiterar que la cuestión de la erradicación del lenguaje sexista, androcéntrico o no inclusivo, es compleja y requiere que la estudiemos, reflexionemos y discutamos mucho.



Shi cerró este tema con una reflexión tan importante que merece ser citada textualmente:

<<Con este debate me surge la pregunta sobre si es acá donde habría que pensarse la definición de la palabra "sexo" como las características físicas, biológicas, etc.; pues a mi pensar el sexo es también social. Me refiero a que no pueden/deben existir penes pequeños o clítoris grandes, ni imposiciones de ninguna especie, no solo de roles (eso es "género", lo tengo claro) sino que tampoco se debería aceptar la manipulación social que se realiza de los genitales, específicamente desde la medicina patriarcal>>.

4.º Aprendizaje:

necesidad de resignificar las palabras patriarcales

Liduvina nos compartió un escrito de Margarita Pisano en el que podemos encontrar nuevas conceptualizaciones, resignificaciones y definiciones que contribuyen a crear el lenguaje de las mujeres y de las y los que luchamos por la libertad y la emancipación. En este artículo, Margarita propone, más que palabras nuevas, la resignificación de palabras viejas como "matrimonio", que ella define como "una locura donde unos tienen derechos sobre otras, donde la ideología de la superioridad se expresa en el dominio de los afectos, como si esto fuese natural, cuando en realidad, es lo más "anti-natura" que alguien sea dueño de otra persona, aunque sea su hijo y *por amor*". También habla de palabras necesarias para reconstruir el Feminismo, como: amor parejil, hijismo, civilización, prepotencia, misoginia, amor romántico, feminidad, etc.

En cuanto a la resignificación de las palabras, Aída nos comentó:

<<Por lo general, las feministas hablamos de resignificar las palabras, y eso ha sido considerado, al menos a lo interno de nuestros círculos, un valor. Entonces yo me pregunto, ¿podemos pensar que estamos resignificando las palabras cuando escuchamos a las chavas llamarse entre sí "perras", "zorras", "putas"? Cuando les he preguntado por qué se tratan así, contestan que ¡es de cariño! Me pregunto si esta tendencia forma parte del proceso de resignificar las palabras, o si es ignorancia de lo que esas palabras realmente significan, o si se trata de una necesidad de apropiación de ciertas palabras o qué...

Esto me lo pregunto porque sé que el idioma es un animal que crece, se transforma y no se detiene en ese movimiento vertiginoso del tiempo. En cuanto a las resignificaciones de las palabras, pienso que estamos en una constante dinámica de resignificación del idioma dentro del universo de lo no masculino. La resignificación va pegada con cambios fuertes en nuestras estructuras de pensamiento, sobre todo cuando en una especie de continuas epifanías caemos en la cuenta de tal o cual

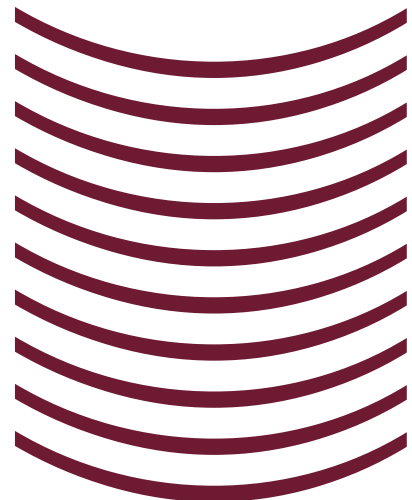
cosa que nos molesta, porque ya no nos dice algo en específico o en consonancia con la vida actual, o sobre quien somos y en quien nos hemos transformado con el tiempo a raíz de la adquisición más rápida de saberes y el acceso a espacios que no nos habíamos imaginado, etc.

Para mí, la literatura ha sido un espacio donde mi idioma y su resignificación se ha vuelto espacio sagrado, por eso pienso que el arte funciona social y culturalmente en esta constante tarea de resignificaciones. Allí me doy libertades "escriturales" e invento términos que pienso necesito. Además, en libros de literatura escritos por feministas muy fuertes, también he encontrado sitios de reflexión que hacen otras, en espacios y tiempos similares, aunque distantes sobre el idioma, sus usos, y su devenir. En cuanto a los usos del idioma entre gente joven a los que alude Daysi, pasa lo mismo en Guatemala. Se trata de expresiones que buscan marcar identidades globales, y que imitan identidades otras, que pueden no tener referentes reales en nuestra sociedad; son como indicadores juveniles, para presentarte como "joven de hoy". Sí, choca que a las chicas no les molesten los apelativos peyorativos como "zorra" o "puta", pero también hay que pensar que nos movemos en espacios de conocimiento que no son iguales para ellas. La violencia que pasa tamizada por la televisión de cable, los clips de música norteamericana con historias donde esa "puta" o "zorra" deviene en heroína de una narrativa transculturada y errática, son comunes. Hoy se marca menos la clase social por el idioma que manejan las jóvenes, se usa un caló o jerga, que igual la pueden usar los hombres que las mujeres provenientes de distintos estratos sociales. La violencia marca sus hablas, están contaminadas desde distintos lugares y espacios>>.

Ana Silvia se pregunta, ¿si las/los más jóvenes supieran el origen, lo que codifica "perra" o "zorra"... lo seguirían diciendo? Para ella supone una línea muy delgada y peligrosa darle un contenido "light" o de cariño a estas palabras.

Mercedes Hernández nos compartió que su lucha personal, como la de todas, es variada. En la mayoría de lo que escribe aprovecha para hacer un llamado a la reflexión (pie de página o similar) sobre la importancia de no caer en la trampa de quienes, teniendo el poder para hacerlo, han nombrado seres, cosas, circunstancias... a su completa conveniencia. En definitiva, está convencida de que la desobediencia y el desacato también serán parte fundamental en esta tarea de resignificar y reproducir lenguaje y marcos de pensamiento más apegados a la realidad, más democráticos e igualitarios. Y para ello, la crítica es/será indispensable.

En resumen, todas estuvimos de acuerdo en que una de las características más definitorias de la lengua es que es un cuerpo vivo, en evolución constante, siempre aceptando nuevos términos y dejando atrás otros. Una lengua que nunca se modifica tendría que clasificarse entre las "lenguas muertas". Si la lengua no cambiara todas las personas que hoy hablamos castellano, catalán, italiano, portugués, francés, o cualquiera de las lenguas románicas, continuaríamos hablando latín. Precisamente, la característica principal de las lenguas vivas es su carácter evolutivo. Es decir, el cambio está inscrito en la naturaleza misma de la lengua. La lengua cambia porque cambia la realidad y nuestra forma de verla, entenderla, valorarla y, por ende, de nombrarla.



5.º Aprendizaje:

¿qué es el lenguaje inclusivo y cómo difundirlo?

Para Lucía Lagunes y otras participantes, la importancia del lenguaje inclusivo radica en el hecho de que el lenguaje no solo nos ayuda a comunicarnos, sino que a través de él logramos abstracciones de nuestra realidad y construimos representaciones sociales que validamos. Así como el Patriarcado construyó el suyo, donde el masculino genérico es sinónimo de humanidad y de raciocinio, las feministas debemos construir un lenguaje no sexista e inclusivo que nos dé existencia como sujetas y refleje nuestro anhelo de una sociedad más igualitaria. Es importante que no permitamos que a través del lenguaje se siga sometiendo a la mitad de la población, ya sea porque no es nombrada y, por ende, no existe; o porque es nombrada solo para recordarle que no vale la pena su existencia.

Pero según la RAE, el lenguaje inclusivo, es decir, el incluir el sustantivo femenino cuando existe la posibilidad del uso genérico del masculino, es equivocado. Así, lo "correcto" es decir: "todos los ciudadanos mayores de edad tienen derecho al voto"; y no: "todas y todos los ciudadanos mayores de edad tienen derecho al voto".

Para esta institución, la mención explícita del femenino se justifica solo cuando la oposición de sexos es relevante en el contexto: "el desarrollo evolutivo es similar en los niños y las niñas de esa edad". Pero no se justifica la actual tendencia al desdoblamiento indiscriminado del sustantivo en su forma masculina y femenina porque esto va, según sus explicaciones, contra el principio de economía del lenguaje y se funda en razones extralingüísticas. Son precisamente razones extralingüísticas las que dieron muchas participantes para justificar la necesidad de utilizar un lenguaje inclusivo: "reconocerse como mujeres en la historia, en el espacio y en el imaginario social es necesario para construirnos como sujetas capaces de transformar la cultura y la sociedad, incluyendo el lenguaje".


Como señala Francesca Graziani, "la lengua puede ser de todas y de todos: no es un sistema rígido, cerrado a cualquier

mutación, sino, al contrario, el cambio está previsto en sus mismas estructuras; es un sistema dinámico, un medio (médium) flexible, en continua transformación, potencialmente abierto a escribir en él infinitos significados, y por ello prevé también la expresión de la experiencia femenina”.


Algunas participantes, como Karla Elizabeth, recordaron que cuando recién llegaron al Feminismo les daba mucha pereza el lenguaje inclusivo, y hasta les desesperaba escucharlo. Pero leyendo más y profundizando el análisis sobre cómo se logra la invisibilización de las mujeres, no solo llegaron a aceptar la necesidad del lenguaje inclusivo, sino a darse cuenta de que utilizarlo es un acto político, porque es una manera de concientizar a otra gente. Muchas estuvieron de acuerdo en que aunque la RAE no lo acepte, <<lo importante es nombrarnos porque, con el tiempo, otras personas también nos nombrarán y, por ende, dejaremos de ser inexistentes o marginales, tanto en el lenguaje como en la realidad>>.

Varias participantes se refirieron a las dificultades para utilizar o difundir el lenguaje inclusivo. Por ejemplo, yo compartí que, para mí, es muy interesante comprobar como la palabra “miembra” causa tanto rechazo. Muchas feministas que hablan en “a” y “o”, que no utilizan expresiones machistas o misóginas, que feminizan muchas profesiones cuando se refieren a mujeres, sin embargo se niegan a feminizar la palabra “miembro” insistiendo en que esa palabra es genérica y neutral a pesar de terminar en “o”. A propósito de esto, Ana Silvia recordó el revuelo internacional que se creó cuando una ministra en España dijo “miembra” en un informe al Congreso. Incluso algunas periodistas feministas del otro lado del mar cuestionaron que algunas de este lado sí la reivindicaran. Ana Silvia terminó su comentario con la siguiente pregunta: “¿no será que la famosa palabra se relaciona con el órgano sexual masculino, o pene, como dice una de las acepciones del Diccionario de la Real Academia?”.

Otras dialogantes compartieron distintas estrategias que utilizan con respecto al lenguaje inclusivo y sobre cuando utilizarlo. Por ejemplo, Shi habló de que en sus colectivos han decidido realizar la acción afirmativa de siempre llamarse en femenino, aún cuando sean espacios mixtos. Marusia también compartió su experiencia con varios grupos mixtos en España que hablan en femenino. Sin embargo, le parece que hemos explorado poco algunas formas del lenguaje que nos permitan superar la mentalidad dicotómica característica del Patriarcado que favorece la jerarquización y la desigualdad, formas no lineales que den cuenta de la complejidad del mundo y su diversidad.



Por otro lado, varias manifestaron que aunque el lenguaje inclusivo es un avance, es importante extender la inclusividad a todas aquellas personas que no pertenecen a una de las dos categorías del sistema sexo-género tradicional. Para ello proponen distintas opciones: utilizar la “x”, la “@”, el “asterisco (*)” o el artículo “le”. Por ejemplo escribir “les niñas”, “lxs niñxs”, “l*s niñ*s” o “l”@”s niñ”@”s” en vez de “las y los niños” o “las niñas y los niños”. Sin embargo, muchas señalaron que con la excepción de hablar en “e”, estas opciones, además de generar las acostumbradas resistencias a utilizar lenguaje inclusivo, definitivamente generan dificultades para su utilización en comunicaciones orales.



Pati O. nos recordó que han aparecido en el espectro lingüístico diversas propuestas, todas válidas a su entender, pero que como feministas debemos recrearlas, ampliarlas y profundizarlas. Se refiere, por ejemplo, a que no todo se resuelve con incluir "las y los" en nuestros discursos, sin antes cuestionar a profundidad el sexismo que impera en la lingüística castellana. E hizo énfasis en que no es necesario caer en redundancias tales como "mi hijo hombre, o tengo una hija mujer". Para ella, las arrobas ("@") o las equis ("x") no son lenguaje inclusivo porque nos invisibilizan aún más o en la misma dimensión: <<yo entiendo la "@" como una medida de peso, y la "x" no me constituye...>>. A su juicio, el lenguaje inclusivo (o incluyente) pasa por renovar las formas gramaticales, por establecer nuevas reglas y por cuestionar muchos aspectos de la lingüística.

Shi compartió que ha decidido, a la hora de hablar, utilizar la "e" como un artículo que suma y que, a su parecer, no sustituye lo femenino o lo masculino, sino que evidencia una realidad que en ocasiones no se quiere ver. Con relación a la "@", dice que le da problemas en algunos espacios, como el Twitter por ejemplo, por lo que prefiere no utilizarla. Usa la "x" para acortar espacio, o si no le queda más remedio, <<aunque no desisto de dar mi lucha por ponerlo en femenino>>.

Para Ana Silvia, la estrategia de cambiar por una "x" la "a" o la "o" para ser inclusivas, le parece que de nuevo nos oculta a las mujeres y a las experiencias en femenino. En todo caso, inventar nuevas formas de conjugar y otras personas (más allá de yo, él, ella, nosotros, nosotras...) permitiría que otras identidades se vieran reflejadas y expresadas. Le parece que es difícil separar el idioma o la lengua de los espacios y formas en las que se expresa.

A Daysi le encantó eso de buscar nuevas conjugaciones y formas de expresarnos pero se pregunta cómo hacemos para buscar alternativas que en realidad respondan a la no anulación de lo femenino. Coincide con varias en que poner una "x" sigue invisibilizando a las mujeres y a todo lo que tenga que ver con lo femenino:<<no por la "x" en sí misma, sino porque en este mundo tan misógino y tan acostumbrado a la ausencia de lo femenino, cada vez que pronunciamos una palabra "neutral" se construirá en el imaginario ya instalado la figura masculina. Incluso la palabra neutral es utilizada para que ellos justifiquen su "verdad" y su percepción del mundo como la universal>>. Entonces, por ahora, una opción que a ella le parecer muy buena es hablar en femenino. No solo porque nos obliga al reconocimiento de que las mujeres existimos, sino porque "LA" persona es femenina.

Pati O., ante estas discusiones, reiteró que ella intenta hablar o escribir de forma que nos incluya a nosotras ("las", "ellas", etc.).

No usa la "@" porque al hablar no tiene traducción, y personalmente cree que enredamos el asunto ya que la "@" no nos visibiliza; igual sucede con la "x", que no nos hace visibles para nada. Ella combina mucho los artículos con los sustantivos y evita ser sexistamente reiterativa (por ejemplo, cuando decimos o escribimos "las mujeres nicaragüenses" pudiendo simplemente nombrarnos con el artículo: "las nicaragüenses"). Aunque considera que hay situaciones no resueltas, cree que lo importante es, al escribir y al hablar, pensar siempre desde la perspectiva de nosotras, de cómo contribuir a nombrarnos y a nombrar a otras para hacernos visibles.

Paquita Cruz nos narra como le hace para lidiar con la invisibilización de las mujeres en el lenguaje escrito y hablado: <<mi decisión ha sido usar mucho pronombres como "gente", "personas", "quienes", etcétera; y de vez en cuando meter "él y ella", "señoras y señores", "mujeres y hombres", para recordarle a quien me escucha o me lee que las mujeres existimos, porque aunque me dé pena admitirlo, sí me molesta un poco leer excesos de "o/a". También me cuesta leer en "e" un texto de más de un párrafo y ¿quién me dice que la "e" no terminará siendo la nueva "o" en este mundo que nos ha invisibilizado desde los inicios del Patriarcado? En "x", mi voz interior termina diciendo "a" y "o", porque no sabe cómo pronunciar la palabra "perrxs", por ejemplo. Y tampoco sabría quién me va comprender lo que digo cuando hablo así. Sé que me daría a entender entre personas cercanas a los movimientos sociales pero ¿cómo lo tomaría mi madre? ¿o el mecánico? ¿o la señora que me vende los tomates en la feria? Creo que yo me sentiría torpe, se oiría torpe y se entendería poco. Me he acostumbrado entonces, a usar esos pronombres "neutros" y a visibilizar por aquí y por allá a las mujeres, diciendo a veces en femenino y más allá en masculino, otras digo ambos. Un poco de variedad para no aburrir ni impedir que el mensaje llegue lo más claro posible. Abajo un ejemplo de lo que estoy diciendo:

"Queridas amistades, ayer me reuní con el equipo docente que está viendo el caso de mi hijo. La maestra opina que debe sentarse al frente de la clase, pero un maestro opina que mejor en medio. No lograron ponerse de acuerdo este grupo de maestras y maestros, pues hay un alumnado numeroso que requiere su atención a tiempo completo. En este grupo no falta una alumna que necesite una silla más grande ni un estudiante que use anteojos. Tampoco faltó quien dijera que el caso de mi hijo no requiere atención, pero la directora insiste en dejar las cosas claras hoy mismo. Amigas y amigos, les invito a presentarse a su oficina a opinar, pues como tienen hijas e hijos, podría ser útil su consejo. Las puertas están abiertas para todas las madres y padres que quieran asistir; también para quienes sin serlo, sientan interés en este tema..."

...bueno, el ejemplo es aburridón, porque ni hijo ni hija tengo, y menos con problemas, pero es un ejemplo de como yo trataría de visibilizar a las mujeres en una nota. Espero haber sido clara. ¡Saludos!>>.

Natalia Atz, por su parte, insiste en que hace falta visibilizar el género femenino en la práctica diaria y nos comenta que no le dice nada utilizar la "x", que prefiere utilizar, por ejemplo, "todos y todas", aunque cueste un poco más.

Ana Silvia trata de utilizar el femenino lo más posible, a veces utilizando "a/o", escribiendo, por ejemplo, "las/os ciudadanas/os"; o recurriendo a términos incluyentes como "la ciudadanía". El uso de la "x", la "@" o la "e", según ella, nos invisibiliza también.

Daysi nos cuenta que ha estado pensando si usar la "@", la "x" o la "e", pero que aún no logra decidirse: <<Creo que nunca lo había pensado realmente de una manera concienzuda y me estoy dando el chance ahora de hacerlo. Creo que al igual que a Paca, a mi me da pereza nombrarnos siempre en versión masculina y femenina. Pero lo he visto como necesario porque me parece que los neutros no existen en este estado de la humanidad. No importa si lo hacemos con "e", "x", o "i", en el imaginario (al menos en el nuestro) se construirá una idea de sujeto masculino porque el sujeto ES y ha sido masculino. Y aunque lo reivindicemos, muchas veces nos cuesta incluso imaginarlo>>.

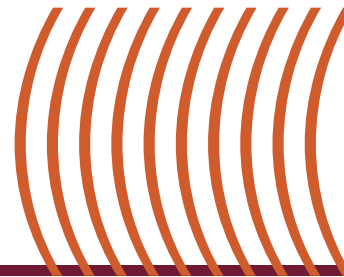
Paquita nos recuerda que hay mucha resistencia general al lenguaje inclusivo: <<Hay quienes se enfurecen cuando leen o escuchan el lenguaje inclusivo, y aunque una preferiría que ninguna mujer se hiciera obispa, llamarlas así es lo lógico. Es tanta la misoginia, que hay quienes no soportan decir (y hasta decirse) notaria, arquitecta, médica. Y han sobrado los misóginos y misóginas que insisten en que lo correcto es decirle "presidente" a la presidenta de nuestro país. Así que pienso que el uso de un lenguaje que visibilice a las mujeres es también muy importante, para acostumbrar a la gente al hecho de que existimos y de esa manera contribuir a curar, o al menos a disminuir, los altos niveles de la dañina misoginia presentes en todos los ámbitos de la cultura patriarcal>>.

Malena de Montis nos comparte que <<no utilizo la arroba o la "x" porque si bien se ha ido entendiendo por parte de las personas lectoras la intencionalidad de de las feministas de visibilizarlos, siento que nos sigue manteniendo ocultas, generando rechazo por parte de algunos hombres y mujeres por purismos académicos u otras razones, y facilitando que se mofen de nuestro intento. Por mi parte, dependiendo de la frase, de lo que quiero decir, busco sustantivos que incluyan a ambos como, por ejemplo, "las personas estudiantes", "las personas lectoras" en

vez de "los lectores", etc. También utilizo el "los y las" sin repetir el sustantivo masculino o femenino. Por ejemplo digo "los y las niñas", o "las y los niños" (rotándolo, algunas veces pongo el sustantivo femenino y otras el masculino) en vez de "los niños y las niñas". De esta forma acorto la frase, visibilizo a ambos y siento que rotándolos mantengo la valoración igual que tengo de los niños y las niñas. En otros momentos, también me permito inventar. Creo, pues, que toca seguir abriéndonos a la creatividad y ampliar nuestra imaginación para ir creando nuevas palabras, algunas veces divertidas, que nos incluyan, nos visibilicen y que no generen rechazo porque invisibilicemos a otras personas>>.

Yo compartí que <<prefiero acortar diciendo o escribiendo "los y las niñas" en vez de "las niñas y los niños" y la estrategia de rotar es buena para que los hombres y los niños no queden siempre de segundos aunque me parece que si lo vemos en un contexto más amplio, esa estrategia no es tan necesaria en un mundo patriarcal donde la mayoría de la gente habla en masculino de manera que las mujeres no solo no estamos de primeras o segundas, sino que, simplemente, no estamos. Prefiero usar primero el masculino "los" y luego el femenino "las" para que lo que siga quede en femenino. Así, digo "los y las niñas guatemaltecas hicieron...". La estrategia de buscar sustantivos que incluyan a ambos géneros o que son neutrales, sobre la cual ya varias han opinado, no me parece que sea una buena estrategia en este momento del Patriarcado porque cuando decimos "las personas lectoras" o "las personas buenas" o "las personas sobresalientes", la mayoría de la gente pensará en hombres lectores, en hombres buenos y en hombres sobresalientes. Al contrario, si escribimos "las personas malas, débiles o perezosas", la mayoría pensará en mujeres malas, débiles o perezosas. Me parece que a estas alturas del Patriarcado necesitamos visibilizar y enfatizar que existen las mujeres lectoras, las mujeres buenas y las mujeres sobresalientes y, por tanto, la estrategia de decir "los y las lectoras" hace hincapié en que en el universo de las personas lectoras hay mujeres y hombres. Soy consciente de que esto podría no incluir a las personas intersex, pero la verdad es que no sabría cómo hacerlo. Sí incluye a las personas trans que, obviamente, quieren identificarse con uno u otro género y, a no ser que haya entendido mal sus planteamientos, no están planteando la desaparición de los géneros, sino más bien el poder cambiarse de un sexo o un género a otro cuando así lo decidan o escojan>>.

Para concluir este aprendizaje diría que todas, como feministas que somos, consideramos absurdo que se ridiculice la búsqueda y el uso de un lenguaje que nos incluya a las mujeres como personas, como seres humanos y como sujetas de nuestra propia historia. Acordamos que tenemos que seguir luchando por el uso del lenguaje inclusivo porque es la lucha por usar un



lenguaje más justo y menos violento. Es la lucha por un lenguaje que no pueda ser utilizado contra nadie como arma de exclusión, opresión o discriminación, o para exaltar lo masculino como universal. Gracias a este diálogo virtual, las participantes nos dimos cuenta de que esto es mucho más complicado de lo que nos imaginábamos. Por ejemplo, estamos claras en que la utilización de expresiones neutrales ayuda a incluir a personas que no se identifican ni con lo femenino ni con lo masculino, y esto es importante y necesario. Pero también nos dimos cuenta de que el lenguaje neutral, en un contexto machista o androcéntrico como el que vivimos, probablemente nos seguirá invisibilizando. Acordamos que la lucha tiene que ser por intentar usar un lenguaje que neutralice el masculino universal sin excluir el femenino singular.

Cierro este quinto aprendizaje con una anécdota que nos contó Daysi:

<<Quiero contarles la historia de una pequeña, nieta de una feminista. Esta feminista se encargó de que su nieta se nombrara en femenino desde que aprendió a hablar. Era realmente delicioso escucharla hablar y nombrarse en femenino de la manera más fluida y natural. Sin embargo, cuando la pequeña cumplió 3 años y fue momento de ir a la escuela, en cuestión de dos semanas se nombraba en masculino y se decía niño. Cuando su abuela le preguntó por qué ya no se nombraba como niña, la pequeña, con la misma naturalidad con la que se nombraba en femenino, le contestó: "Ay Lela, es que cuando llegué al kinder me convertí en niño">>.

Conclusión

Como dijo Sofía Montenegro en una entrevista en el diario La Prensa de Nicaragua en octubre del 2008:

<<Creo en el poder de la palabra, en la fuerza del pensamiento. Creo que los grandes cambios en la humanidad se han producido por la audacia del pensamiento, de la palabra y de la acción. Soy periodista, por lo tanto seguiré haciendo uso de la palabra. Soy feminista, por lo tanto seguiré haciendo uso del lenguaje para contribuir al cambio de la percepción y de la realidad. Soy defensora de derechos humanos, por lo tanto seguiré luchando por la voz de todos los seres humanos, por mi derecho a expresarme, a decir, a hablar. Pero además, porque el silencio de los corderos solo sirve a los lobos>>.

Y yo agregaría que, como feministas y defensoras de los derechos humanos de las mujeres, tenemos el derecho y la responsabilidad de hacer un uso del lenguaje que contribuya a la erradicación del Patriarcado aunque ello sea difícil y complejo.

Finalmente, para cerrar la sistematización de los aprendizajes que pude extraer de este diálogo que fue, como ya dije en la introducción, mucho más rico de lo que alcancé a resumir en estas páginas, las dejo con el siguiente comentario de otra periodista, la costarricense Andrea Alvarado:

<<Sobre el tema en cuestión, debo decir que desde hace 6 años que soy docente universitaria me he dado a la tarea de discutir con mis estudiantes esto del lenguaje inclusivo. No solo porque son estudiantes a punto de egresarse en comunicación colectiva, sino porque, como seres humanos, creo que deben ir cambiando y subvirtiendo este lenguaje creado por machos y para machos. Muchas reflexiones interesantes han salido de esas discusiones; hay desde la gente que piensa que son ideas locas de las feministas que no respetamos la RAE, hasta gente que realmente adquiere conciencia de que para hacer un verdadero cambio social hay que cambiar el lenguaje.

Yo, de la RAE, lo que tengo que decir es que el pensamiento obtuso y discriminador se instala en sitios de poder (en los mismos de siempre) para imponer, en este caso particular, las "normas" permitidas y "aceptadas" por la academia que, dicho sea de paso, está también plagada de misoginia y discriminación. Así que, como lo digo siempre, la RAE no me merece ningún respeto y creo que siguen reproduciendo el sexismo en el uso del lenguaje, que bien sabemos, se extrapola a la vida cotidiana de todas nosotras.

Definitivamente, tenemos que darnos a la tarea de renombrar, de resignificar, de evolucionar este lenguaje sexista que nos han enseñado y que se quedó corto hace tantos años. Porque si revisamos investigaciones al respecto nos damos cuenta de que tampoco es cierto el argumento de que al hablar en masculino la población femenina se siente incluida. Desde los años 70 se comprobó que si una pone un anuncio en el periódico diciendo se busca "pintor" o "carpintero" o cualquier oficio (sin importar si tradicionalmente lo hacen los hombres) escrito en masculino, no recibían ninguna aplicación de mujeres. Así que eso de que todas nos incluimos en lo masculino es una falacia que se puede demostrar.

Lo otro que también quiero destacar es que incluso en el argumento de lo estético en el lenguaje vemos la mano del sexismo y del Patriarcado. Mucha gente dice que es "feo" o "antiestético" hablar de mujeres, hombres, niñas y niños. Y claro que en esta sociedad en la que cada vez se usan menos palabras lo ideal sería hablar de "la niñez", "la ciudadanía", etc., o de algunos otros términos inclusivos. Pero yo creo que la idea de que el ahorro de palabras es más estético también pasa por una apreciación de lo bello, lo feo o lo bonito, inculcada por el Patriarcado. A ver si me explico mejor, para mí no es antiestético usar más palabras si con eso logro expresar mejor lo que quiero; y en este caso, si decir "familias de madres y padres, hijas e hijos" es lo más inclusivo, usémoslo así sin ningún remordimiento. Que no se nos olvide que las normas están hechas para acompañar las necesidades de la población, y que es la misma población la que debe impulsar esos cambios; no al revés, como lo promueve la RAE.

Así que el lenguaje, queridas amigas, está hecho para que lo cambiemos cuando lo necesitemos, no para que se nos imponga como una camisa de fuerza. A inventar, a crear, a jugar y a ser irreverentes con el idioma, que eso es lo que urge en esta sociedad>>.



**¿Qué es
y cómo nos
deshacemos
del lenguaje
SEXISTA?**